



BRUNO DARIO

EL VERANO  
en que  
ARDIERON  
las  
FLORES

*El verano en que  
ardieron las flores*

*Bruno Darío*

 Matchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Bruno Darío, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Ilustraciones del interior: Yoko Design / Shutterstock

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-08-29014-8

Depósito legal: B. 10.886-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.





Aún no habías llegado a mi vida y, por tanto, aunque no podía dormir, estaba en calma. Me había despertado porque tenía ganas de hacer pis, pero me daba pereza levantarme, de modo que allí estaba, mirando el techo, los números rojos parpadeantes de la proyección del reloj digital que descansaba sobre la mesilla, que marcaban las dos y seis de la madrugada. Suspiré y decidí levantarme; no podía más.

Aún quedaban unos días para que nos dieran las vacaciones, pero al despertarme y erguirme noté, por primera vez en el año, el calor húmedo casi veraniego que se colaba por la ventana entreabierta y se topaba con mi piel pegajosa.

Sudoroso, me quité la camiseta, la arrojé a la silla y me levanté. Agradecí que la negrura de la noche ocultara todo aquello de mi cuerpo con lo que no me sentía cómodo. Abrí la puerta de mi cuarto —siempre cerrada a propósito para despertarme con el ruido de las bisagras en caso de que Bea decidiera colarse y hacerme alguna de sus jugarretas— y salí al pasillo.

Lo recorrí frotándome los ojos para deshacerme de las legañas; no necesitaba ver para moverme por las estancias de la casa en la que había pasado los últimos dieciséis años, es decir, toda mi vida. Una casa situada en un barrio pretencioso de las afueras, de esos a los que se mudan quienes escalan puestos pero no llegan a poder permitirse una vida de lujos auténticos. Una casa que mis padres habían comprado, a pesar del esfuerzo económico que les debía de haber supuesto, para demostrar cierto estatus, huir de un pasado más humilde y garantizar que su hija y su bebé recién nacido se criaran en una urbanización tranquila y segura, donde nos esperaba un colegio prestigioso y el tipo de vecinos que visten polos, faldas de colores pastel y viseras para que el blanco nuclear de su piel permanezca intacto al jugar al pádel bajo el sol. Una casa en una nación de apariencias.

Una casa, en ese momento, sumida en el más absoluto silencio.

Al tirar de la cadena, creí oír un crujido en el exterior. Estiré todo mi cuerpo a medio desarrollar y me puse de puntillas para alcanzar a ver a través de la ventanita que había sobre el váter: alguien había dejado abierta la puerta del cobertizo, que ahora se mecía y golpeaba con violencia el marco. No era más que el viento. Por supuesto. En nuestro barrio, en el que la comunidad medía meticulosamente la longitud del césped, las vallas recibían una nueva capa de pintura blanca inmaculada cada año y los aspersores automáticos rociaban todas las madrugadas las lenguas verdes de cada propiedad, jamás pasaba absolutamente nada inusual.

Permanecí allí durante unos segundos, hipnotizado por el vaivén de la puerta y la calma de la calle a esas horas, pero de repente la rama del olivo de nuestro jardín chocó contra el cristal de la ventana y me obligó a reaccionar alejándome de ella con un brinco.

Me lavé las manos; traté de domarme frente al espejo algunas ondas rebeldes, tan naranjas que casi parecían iluminar la habitación, y salí de nuevo al pasillo.

De camino a mi cuarto, pasé por el de mi hermana y la vi tumbada de lado, con la boca abierta y un hilo de saliva derramándose y formando un charquito sobre la almohada. La habría grabado para vengarme de la vez que me echó espuma de afeitar en la mano mientras dormía y me hizo cosquillas en la cara para que me restregara la crema yo mismo, pero el sueño ganó a la sed de venganza y seguí caminando.

Oí otro ruido que provenía del jardín.

Intenté convencerme de que de nuevo se trataba del viento, pero al pasar por delante de la habitación de mis padres y ver la puerta entornada, un mal presentimiento se apoderó de mí y sentí la necesidad de asegurarme de que todos estuvieran dentro de casa, en la cama, a salvo.

Empujé la puerta un poco más y asomé la cabeza. La luz fría de una de las farolas de la calle penetraba por las rendijas de la persiana e iluminaba, en pequeñas fracciones rectangulares, la cama vacía y deshecha de mis padres.

Mi mente, a pesar de seguir adormilada, fue capaz de registrar la extrañeza de la situación: mis padres nunca se iban a la cama más tarde de las doce. Ambos trabajaban y

tenían unos horarios y unas rutinas bastante rígidos, así que me di la vuelta de inmediato para comprobar que estuvieran en el salón. Trataba de repetirme que lo más probable era que mi madre tuviera insomnio y mi padre estuviera preparándole una tila. Ya había pasado antes. O que el ruido de la puerta del cobertizo los debía de haber despertado y habrían ido a cerrarla. Pero ¿los dos a la vez? ¿Y si había pasado algo grave?

Cuando di mis primeros pasos hacia el salón y levanté la vista del suelo, me topé contigo.

Ahí estabas.

Tú.

Me resulta curioso pensar ahora en el Mateo de ese momento, el que no era consciente de todas las maneras en que revolverías su vida, el que, sin saberlo, estaba viviendo en esos segundos el fin de la niñez y se sumergía en aguas nuevas, desconocidas, turbias, preciosas y terroríficas.

Ese Mateo debería haber estado asustado por cómo iba a cambiar todo a partir de ese instante, pero solo lo estaba porque había un extraño en casa.

Solo podía ver una silueta más alta y corpulenta que yo —pero no tanto como mi padre— al otro extremo del pasillo. La luz de la lamparita del salón resplandecía detrás de ti, perfilando tu contorno pero ensombreciéndote los rasgos.

Si habías entrado a robar, pensé, ¿por qué habías encendido la luz?

Noté mi cerebro cortocircuitar y permanecí allí parali-

zado durante unos segundos que sentí como una eternidad. Por suerte, entretanto, mis ojos se acostumbraron a la falta de luz y parte de tu rostro comenzó a tornarse visible. Me asombré al ver que el invasor debía de ser tan solo algo mayor que yo. Tenías los ojos muy abiertos, pero tu expresión no denotaba culpabilidad. Me percaté de que me observabas de arriba abajo con gesto de sorpresa. Después se te dibujó una sonrisa burlona; algo parecía divertirse.

Entonces me miré yo también: no había caído en que iba aún en calzoncillos. En unos calzoncillos antiguos, grises y cutres, además. El único mensaje que mi cerebro consiguió enviarle a mi cuerpo fue el de taparme a toda prisa con las manos. Necesitaba reaccionar, salir de allí, buscar ayuda.

«¿Qué hace este chico en nuestro salón? ¿Dónde están mis padres? ¿Por qué no estoy gritando?»

«Grita, Mateo, grita.»

—¡Papá! ¡Mamá!



Mis padres aparecieron tras tu silueta segundos después de mi aullido de auxilio, haciéndome gestos exagerados con las manos y alargando un «chiss» para que no despertara a mi hermana, supuse.

—Pero ¿quién es este? ¿Qué hacéis llegando a casa a estas horas? —pregunté, aún inquieto, con una voz a medio

camino entre un susurro y un grito, ignorando sus indicaciones.

—Calla, Mateo, que no pasa nada. Este es Zeus, el niño de Tono y Blanca. Seguro que te acuerdas de él —murmuró mi padre, cogiéndote del hombro.

A mí no me pareciste ningún niño.

Me costó hacer memoria: nuestros padres se habían ido alejando poco a poco por motivos que por entonces desconocía, y la última vez que recordaba haberte visto ambos éramos unos renacuajos. Y el recuerdo no era precisamente agradable.

Tu único saludo fue un movimiento casi imperceptible de barbilla. No respondí; seguía sin comprender qué hacías en nuestra casa a esas horas de la noche.

—A sus padres les ha surgido... una emergencia, y han tenido que marcharse de repente —añadió mi madre al notar mi evidente confusión. Tú fingías estar estudiando la casa con la mirada, visiblemente incómodo por la conversación pero tratando de mostrarte indiferente—. No saben cuánto tiempo van a tener que pasar fuera y Zeus no tenía dónde quedarse, así que Blanca nos ha pedido que lo acogiéramos por esta noche. Mañana ya veremos qué hacemos.

—Pero...

—Pero nada. —Famosa respuesta maternal donde las haya—. Vuélvete a la cama, que bastante tarde es ya. Mañana lo hablamos más tranquilos.

Mi madre estaba decidida a no dejarme ahondar más en el asunto. En cuanto intenté pronunciar una palabra más,

se llevó el dedo índice a los labios y señaló con la cabeza hacia la puerta de mi habitación. Te miré durante unos segundos más, examinándote, y me di la vuelta sin volver a rechistar.

Esa noche pasé un buen rato dando vueltas en la cama, sin poder evitar pensar en que había un extraño, o algo parecido, durmiendo en nuestro salón. A decir verdad, el hecho de saber quién eras no terminaba de tranquilizarme. Recordaba que, de pequeños, alguna vez habíamos coincidido en el parque o en la plaza cuando nuestros padres quedaban para tomar algo en El Girasol, el bar de al lado, pero ni siquiera entonces congeniábamos bien, cuando hacer amigos era tan fácil como corretear y lanzarse pelotas. Te recordaba distante, demasiado mayor como para jugar con los de mi edad —aunque no nos sacaras ni dos años— y demasiado agresivo cuando te dignabas a mezclarte con nosotros.

La última interacción que recordaba entre tú y yo, por nimia que pueda parecer para cualquier otra persona, había marcado un antes y un después en la trayectoria de mi autoestima. Es curioso, pero aún recuerdo el momento con una lucidez angustiosa, como si no hubieran pasado ya años.

Plena tarde de primavera, la plaza a reventar. Me había levantado del banco en que solíamos sentarnos a charlar con una bolsa de patatas Celia, mi amiga de la plaza —nuestra relación nunca llegó a trascender las calles peatonales que la delimitaban, imagino que por nuestra diferencia de edad y el hecho de que tan solo buscásemos nuestra compañía por la ausencia de otra más afín—, Pedrito, su primo

pequeño, a quien no dejaban salir si no era bajo su supervisión, y yo. Acababa de decirles que iba a acercarme al quiosco, que si querían algo, con la mala pata de que, en cuanto les anuncié que lo que a mí me apetecía era un chupachups, tú pasaste por allí con tu pandilla de perritos falderos poco memorables. «A saber para qué querrá este el chupachups», fue lo único que dijiste. Solo una frase, y ni siquiera una especialmente inteligente; eso fue lo único que hizo falta para que tu grupo de desgraciados intercambiables rompiera a reír a carcajadas.

Recuerdo haber sentido un temblor en la cabeza, unas ganas de desaparecer solo equiparables a las que había sufrido alguna vez en Educación Física, cuando tocaba jugar al fútbol. Un calor que se extendía por mis mejillas y mis orejas. Aún no sé por qué, pero me atreví a mirarte durante un instante. Tu sonrisa de suficiencia, de orgullo ante tu propio chiste, era justo la que esperaba encontrarme, y quizá por eso no me dolió tanto como la curvatura sutil de la boca de Celia. No solo me habías despreciado delante de tus chavales, también habías logrado que lo único parecido a una amiga que tenía allí se pusiera, sin necesidad de decir nada para demostrarlo, de tu lado.

Creo que esa fue la primera vez que entendí, aunque solo vagamente, el peso de la carga que llevaría siempre sobre los hombros; una pequeña muestra, casi insignificante en realidad a ojos de alguien ajeno, de todo lo que implicaba ser quien por desgracia estaba destinado a ser.

También fue la última vez que quise ir a jugar a la plaza. Y la última vez que te vi.

Hasta ese instante.

No podía evitar preguntarme si te acordarías.

Me levanté una vez más y caminé a hurtadillas hasta la puerta; mis padres la habían dejado entornada y, por culpa de la costumbre de tenerla siempre cerrada, me costaba dormirme así. A través de la abertura, al otro lado del pasillo, se veía parte del salón. La luz de tu móvil te iluminaba la cara.

Desde mi cobijo no era capaz de interpretar tu expresión, pero al parecer a ti también te estaba resultando difícil dormir. ¿Qué podía ser tan urgente como para que tus padres hubieran tenido que salir a toda prisa de madrugada?

Esa noche, a ambos nos costó conciliar el sueño y, al menos para mí, aunque aún no lo supiera, sería la primera de muchas.